

¿UN CONGRESO CONTESTATARIO?

Eso es lo que ha afirmado la prensa italiana hablando del Congreso de Teología convocado en Bruselas por «Concilium», la más famosa revista teológica que se publica hoy en la Iglesia, y celebrado en la semana del 14 al 18 de septiembre. Y por si esto fuese poco, la «vedette» de la teología moderada —el Cardenal Daniélou— lo ha dicho también en Roma, con evidente mal humor, en vista de que el Congreso Tomista de esa ciudad, por él patrocinado, ha sido mucho menos importante y decisivo.

Pero de esta «contestación» hay que dudar mucho, a pesar de este sensacionalismo en los conservadores italianos o italianizantes.

De los 50.000 ejemplares que edita esa publicación mensual en diversos idiomas, la tirada más fuerte es la castellana, que va a todos los países de habla española. Y, sin embargo —y aquí empiezan las anomalías de este Congreso más aparente que realmente avanzado—, el grupo español y latinoamericano era de los menos numerosos entre los 220 invitados oficiales y los 700 observadores de 32 naciones diferentes.

Y algunos teólogos españoles de primera línea no han querido asistir a él por haber comprendido de antemano esta discriminación centro-europeista.

Esa es la primera anomalía.

La segunda ha sido la casi nula presencia de seglares —hombres y mujeres—, cuando, si este Congreso fuese de verdad avanzado, debería haber contado en primer término con ellos, si es que la Iglesia es el pueblo de Dios, y de él —de su vida— tiene que partir la reflexión religiosa del futuro.

La tercera es el ínfimo lugar que se ha dado a la mujer, como si en la Iglesia tuviera ésta que ser perpetuamente una menor de edad, o, lo que es peor, un ser de segunda categoría.

Y para terminar había que criticar —como allí mismo se ha dicho hasta la saciedad— que el mundo católico no es Europa, ni siquiera incluyendo Norteamérica, sino que la teología necesita aceptar no sólo las elucubraciones de un Rahner, un Schillebeeckx o un Congar, sino, sobre todo, las de la cultura y mentalidad del Tercer Mundo, mucho más importantes, cuantitativa y dinámicamente, para los cambios que se avecinan en el porvenir del mundo más habitado.

Añadir a todo esto una llamada de atención a los métodos autoritarios impuestos por la dirección del Congreso es sólo un complemento a los graves defectos señalados antes.

Y recuerden los lectores que —a pesar de lo dicho— este ha sido un Congreso teológico progresista, avanzado y para algunos casi «contestatario».

Bastaría compararlo —para darse cuenta de los motivos de esta impresión en algunos— con el de Roma —que ha coincidido casi en las mismas fechas—; o con la reunión española de mucha menos importancia, como ha sido la XXX Semana Teológica Española. La orientación y los temas de uno y otro —el madrileño y el italiano— están a la altura de esa falta de interés que caracteriza a las ideas conservadoras —o casi conservadoras—, que en su estático anacronismo huele, sobre todo, a museo de antigüallas.

Pero de lo que hace falta darse cuenta es de lo que pensamos acerca de todo esto el 99,9 por 100 de los católicos —pues ese es el porcentaje de los que no somos sacerdotes en la Iglesia—. Pensamiento que —en gran parte— es común, lo mismo a los avanzados que a los moderados, para extrañeza de los teólogos de oficio.

El Papa incluso, el otro día ha criticado a los «teólogos encerrados entre cuatro paredes». Y la mayoría de las cosas afirmadas en Bruselas, por atractivas que parezcan, son elucubraciones de laboratorio —hechas por un grupo que todavía se cree privilegiado—; pero, eso sí, envueltas en amables palabras y expresiones diplomáticas, que empiezan a no engañar a nadie.

El Cardenal Segura, a pesar de su insufrible autoritarismo, no dejaba de reconocer —veinte años antes del Concilio Vaticano II— que la teología es del dominio de todos. Y hasta el **Integrismo** religioso francés rompe hoy lanzas en favor de esta intervención seglar, de tal manera que cuando se trata de oponerse a cualquier avance progresista no es un clérigo quien en Francia replica, sino —por ejemplo— un seglar como Louis Salleron.

En el campo progresista no hemos avanzado tanto —hay que confesar francamente—. Por lo general, todavía se irroga la exclusiva de todo progreso —superficial o profundo— los clérigos, como ocurre sobre todo en nuestro vecino país.

Yo mismo he tenido que escudarme demasiadas veces en esos mismos santones de la teología progresista que antes cito para poder hacer pasar a las clericales gargantas de bastantes compatriotas unas ideas que llevamos muy en el corazón y en la inteligencia la mayor parte de los seglares que queremos discurrir con independencia y mayoría de edad sobre nuestra experiencia religiosa.

¿O —me pregunto yo con esa gran masa seglar— es que siempre hemos de depender en la Iglesia de los dictados de los demás, ayer de los clérigos de derecha religiosa y hoy de los de izquierda religiosa?

No. Sepan los señores clérigos reunidos en Madrid, Roma o Bruselas que nos interesan muy poco a la mayor parte de los seglares sus ingeniosas disquisiciones formales —como la mayoría de las oídas en nuestra capital—; o las anticuadas escuchadas en la Ciudad Eterna; o las semicontestatorias de Bélgica.

Y no por desprecio hacia nadie, que todos tienen derecho a hablar en la Iglesia. Sino por una clara conciencia de que los que han hablado hasta ahora en exclusiva durante los últimos siglos debían mostrarse más modestos y hablar algo menos para dejar espacio a las voces seglares, que son las únicas que pueden renovar la reflexión religiosa tan embarrancada en la Iglesia, porque cualquier teoría que parta de principios abstractos —por muy avanzados que sean— no coincide con el principal sentido del cristianismo, que estamos hartos de oír que es ante todo vida.

Por eso yo he propugnado un combate cerrado contra toda esa teología de laboratorio que Pablo VI critica —sea del color que sea—, porque siempre nos encierra en unos cuadros que —como camisa de fuerza— agostan la vida en vez de darle cauce.

Y es más, hace ya unos años vislumbré —como ya empieza a ocurrir— «el ocaso de los teólogos», de estos teólogos a que antes aludo, sea cual sea el color de su sotana o de su vestido clerical.

Hoy queremos otra cosa distinta de la que leímos en los infolios escolásticos de ayer o en los progresistas de hoy, porque nos producen la misma sensación de irrealidad —de idealismo diría la sociología científica del siglo pasado—, que no hace sino fomentar el evadirnos de nuestros reales problemas, los que nosotros vivimos en nuestra vida de familia, de trabajo o de la sociedad.

Pero hasta se nos quiere hacer una teología de las realidades terrenas, o del mundo, o del ocio. ¡No faltaba más! Pero —opinamos muchos ya— que es para tenernos sujetos nuevamente esos poderosos teólogos de hoy, que cada vez se leen y discuten menos, y que mañana quedarán olvidados.

Ante esto, yo me pregunto: ¿cuándo podremos confiar de una vez —si somos creyentes— en la vida misma que llevamos en nuestro corazón —los antiguos le llamaban a esto **gracia**— y —si somos racionales— en el esfuerzo de nuestra razón, sin prejuicios de grupo separado —como es la cleroatura en cuanto tal— de esa razón formada en la sociología, el psicoanálisis, la ciencia natural y la psicología, sin ulteriores miras apologeticas de utilizarlas al servicio de la teología?

La teología —una reflexión vital y realista— será algo el día que no utilice esas ciencias modernas como «siervas de la teología» —que es lo que se suele hacer hasta ahora—, sino al revés, el día en que se ponga al servicio de esas ciencias y sea su sierva, porque lo que se llama sobrenatural no es una especie de gorro que tapa la cabeza —la máquina de pensar—, sino que no es nada si no se fundamenta en la razón, si no es un «obsequio razonable», como decía San Pablo.

Entonces, y sólo entonces —y ahí está el papel del seglar—, se podrá hacer que lo cristiano sea comprensible al pensar y a la cultura moderna, y los hombres del año 1970 podrán decidir —sin afeites teológicos artificiosos— si el cristianismo les dice algo.

MIRET MAGDALENA